

LOS SANTOS DEL CAMINO

ALTARES EN LA RUTA. PARA SEGUIR ANDANDO

La Difunta Correa y el Gauchito Gil son objetos de una devoción que se transmite de generación en generación. Hernán Brienza nos cuenta quienes fueron durante sus vidas, estos santos de hoy.

Hernán Brienza

Es historiador, politólogo y periodista, autor de varias biografías sobre personajes históricos como John William Cooke, Ernesto Che Guevara y Emiliano Zapata, entre otros. También se destacan sus ensayos políticos como *El loco Dorrego*, *El último revolucionario*, *El Golem de Marechal*, *Megafón o el ser nacional* y el reciente *Urquiza, el salvaje*.

Las banderas federales flamean por el embravecido viento norte debajo de un algarrobo centenario. La ruta provincial 15, al norte de Cura Brochero, provincia de Córdoba, que hiende la Pampa de Pocho en dos, hierve por el calor del verano y sobre el asfalto bailotean fantasmas invisibles que deforman el paisaje con sus espejismos. Un hombre, el viejo Mateo, enjuto, de rostro agrietado, está en cuclillas y acomoda las ofrendas. Dos pequeñas capillitas, una roja, otra blanca, ubicadas al costado del camino, recuerdan a los dos “santitos” más populares de la Argentina. En la de la izquierda, la imagen de una mujer yacente, con un pecho descubierto, alimenta a un bebé.

La rodean cientos de botellas descartables con distintos líquidos en su interior: agua, gaseosa, cerveza, vino. A la derecha, decenas de cintas coloradas, atan las promesas de los que atraviesan por ese páramo, cerca del límite entre Córdoba y La Rioja. Los autos que pasan tocan tres bocinazos y Mateo, como un sacerdote pagano, levanta la mano y saluda. “Lo armamos acá porque muere muy mucha gente en la cuesta de Brochero, por eso quisimos hacerlo, así, para que nos proteja cuando bajamos, para agradecer cuando subimos”, explica en “chuncano” cerrado el cuidador de los pequeños altares. Porque eso hacen la “difuntita” y el “gauchito”, las ánimas de quienes fueron en vida Deolinda Correa y Antonio Mamerto Gil Núñez protegen, cuidan, velan. Sobre todo a los más humildes. A aquellos que no tienen otro bien que una chusca esperanza.

El escenario se repite a lo largo de todas las rutas del país. Cada cierta cantidad de kilómetros, pequeños altares populares a la difuntita o al gauchito disputan el camino de la fe con las oficialistas imágenes de la virgen de Lujan, que el Estado argentino pone a la vera del camino.

Y lo hacen de manera espontánea, desprolija, exuberante, como son las manifestaciones de la religiosidad popular.



Incluso los dos templos mayores –el de la Difuntita en Vallecito, San Juan, y el del Gauchito en Mercedes, Corrientes– tienen ese encanto sutil de la cursilería, estadio humilde del Barroco. La difuntita espera en Vallecito, en la ruta que une San Juan con Chepes, en pleno desierto. Ahí es donde tiene su santuario empapelado por miles de plaquetas de bronce, de fotos y de patentes de autos que demuestran el agradecimiento de los promesantes. Donde cientos de personas la visitan por día y muchos suben la escalinata de rodillas mientras rezan e incluso hay quienes lo hacen arrastrándose de espalda, pelándose el cuero. Y una vez en la cuesta, frente a la imagen de la mujer muerta amamantando a su hijo,

hombres hoscos anegan sus ojos de lágrimas o mujeres rezan y se hacen la señal de la cruz sin hacer caso a sincretismos religiosos. Porque muchos de ellos le piden en nombre de Jesús a una imagen que la Iglesia Católica no acepta por heterodoxa, menos ahora que el obispado de San Juan está en manos de los sectores más ortodoxos del episcopado.

En las calles, los comerciantes se preparan para los fines de semana, pero sobre todo para las Pascuas, que es la fiesta más importante de la región que atrae a más de 40 mil promesantes y confirma año tras año que la Difunta Correa es el ánima milagrera preferida por los pobres.

Porque si bien es cierto que la fe en esta mujer que los sanjuaninos adoran como una virgen, no distingue de raza ni de posición social, las plaquetas de agradecimiento muestran que en su mayoría los mandantes son los más necesitados. Como aquella chica que pegó su foto agradeciendo por un cumpleaños de 15 como el que ella siempre había soñado. O aquel que le pidió poder arreglar su camioneta para hacer fletes y ganarse la vida. Y no falta, obviamente, quien le rogó por un techito para darle a su familia ni la enamorada que ofrendó su vestido de novia después de haber encontrado al hombre de su vida.

El lugar, es cierto, tiene algo que intimida. Quizás porque allí, en esa cuesta, fue encontrado hace más de 160 años el cadáver de Deolinda Correa junto a su hijo. La mujer había salido a buscar a su marido y murió de sed en los medanales. El bebé sobrevivió, según los devotos, gracias a que la Virgen del Carmen le mantuvo vivo el pecho para que el chico pudiera mamar. Ese es el inicio de la leyenda. Después vinieron los milagros, los ruegos y las promesas cumplidas. Pero detrás de la cadena de prodigios hay una historia que tiene que ver con la Argentina profunda y las reivindicaciones del pueblo sanjuanino.

María Cristina Crauze tiene unos ojos azules que hablan solos cuando mira fijo. Esta sanjuanina es antropóloga y dedicó toda su vida a estudiar los mitos y leyendas de su provincia. “Lo sobrenatural está siempre presente en la historia de estas tierras porque el hombre lo necesita para poder generar una cultura en un medio tan hostil como el desierto. Pero no lo hace de cualquier manera. El milagro funciona como una reivindicación mítica, como una restitución de un orden negado por una institución que fuerza al individuo. En este complejo mítico, las ánimas siempre otorgan a sus promesantes la esencia de sus vidas, como en el caso de José Dolores o la Difunta Correa”.

José Dolores, explica Crauze, fue un gaucho desertor de la Guerra del Paraguay que volvió a San Juan y vivió de changas y robando para darle a los pobres al estilo Robin Hood. Hasta que se enamoró de una mujer rica y el padre de ella lo delató. Dolores fue crucificado y murió a la intemperie como ejemplo para los demás gauchos retobados. Días después, los arrieros se animaron a darle cristiana sepultura. Ahora, el ánima de este gaucho es el San Cayetano de los sanjuaninos sin trabajo.

Y la historia de la difuntita no es el de una simple mujer enamorada. Los Correa eran una familia federal. Las dos hijas mujeres estaban casadas con dos sobrinos del caudillo montonero cordobés Juan Bautista Bustos. La hermana de Deolinda había sido asesinada junto a su esposo en Mendoza por Gregorio Aráoz de Lamadrid

cuando este ocupó esa provincia en 1830. Y la Difuntita no tuvo mejor suerte. En 1841, durante la guerra civil entre el federal Nazario Benavides y el unitario Mariano Acha, el marido de Deolinda fue llevado a la fuerza para el ejército celeste. Baudilio Bustos no quería abandonar a su esposa consciente de que era pretendida por el jefe policial de Caucete, que pertenecía al bando unitario. Por eso fue prácticamente tomado prisionero y secuestrada su caballada. Deolinda que no quiso quedarse a cumplir con su papel de pasiva Penélope salió en busca de su marido. Camino más de 30 kilómetros entre los arenales y se perdió por una tormenta de viento que traicionera le cambió de lugar los medanales y le borró las huellas de las tropas. Después de caminar en círculos durante días, cayó rendida y murió de sed. “La Difunta Correa es así la reivindicación del amor matrimonial frente al atropello por parte del Ejército, ese es su significado profundo. Pero no se trata de una historia del pasado. La Difuntita es presente”, resume Crauze.

Lo mismo ocurre con el fenómeno del Gauchito Gil. A miles de kilómetros del infecundo y polvoriento valle sanjuanino, en el húmedo sur de Corrientes, en el altar central de la liturgia reivindicatoria de los sectores populares, también las paredes están empapeladas de la gratitud de los promesantes: amores con finales felices, trabajos recuperados, castigos y venganzas reparatorias, curaciones milagreras, todo tipo de historias surcan las paredes de ese camposanto. Es que allí, según la leyenda oral, fue asesinado el 8 de enero de 1878 Antonio Mamerto Gil o Curuzú (Cruz, en guaraní) Gil, como se lo llama en la zona.

Gaucho federal, envuelto en las luchas civiles entre los Liberales -celestes- y los Autonomistas -colorados-, los datos más certeros sostienen que era nacido en los poblados de Pay-Ubre, cerca de la actual Mercedes. Narra la leyenda que Gil se dedicaba a asaltar por los caminos y lo recaudado lo repartía entre los pobres al mejor estilo Robin Hood, o como ejemplo más cercano, al mismo José Dolores. Y que durante la década del 60 se opuso a ser llevado para la injusta Guerra contra el Paraguay y que fue tomado por desertor por la justicia -así en minúscula- de aquellos tiempos. Las versiones se contradicen, pero la tradición oral asegura que lo llevaban detenido a Goya, cuando en un cruce de caminos, para evitar que Antonio fuera liberado por sus compañeros de partido, uno de los integrantes de la “milicada” que lo llevaba prisionero decidió asesinarlo en el cruce de caminos donde hoy está emplazado el altar. Aseguran los parroquianos que sabedor de que lo iban a ultimar, Antonio Gil solicitó:

-No me maté, sabés que soy inocente, la orden de perdón ya viene en camino...

El militar lo miró con desprecio, chasqueó con la boca y respondió:

-De esta no te salvás.

-Vos me vas a matar, yo ya lo sé -afirmó Antonio con certidumbre y sosteniéndole la mirada a los ojos- Pero acordate bien de lo que te digo: vos vas a volver a Mercedes y ahí te van a decir que tu hijo se está muriendo. Y para salvarlo no te va a quedar otra que invocarme a mí ante el Dios porque sabés que estás matando un inocente...

Dicen que el sargento se burló del Gaucho bandolero y los crucificó a un árbol boca abajo y lo degolló, y lo dejó desangrarse como una res, en un ritual macabro. Cuando el oficial volvió a Mercedes su hijo deliraba de fiebre. Arrepentido, invocó a su víctima reciente y milagrosamente su vástago mejoró.

Ese primer milagro lo convirtió al ánima de Antonio en un santito reparador de inmediato. Y como la Difuntita se convirtió con el paso de los años en un santo rutero. Porque ambas imágenes, ahora, cuidan a los viajeros en sus caminos. A cambio, para que nada les ocurra, los conductores deben tocar tres veces la bocina ante sus altares y, de ser posible, acercarse a los altares, ya sea para dejar una botella con agua para calmar la sed de la Deolinda, o atar una cinta federal y prender una vela al Gauchito. Porque hay algo que sí o sí hay que tener en cuenta.

El historiador Hugo Chumbita, autor del imprescindible libro *Jinetes Rebeldes. Historia del bandolerismo social en la Argentina*, escribió, reformulando la tesis del inglés Eric Hobsbawm, que los santos populares “son los clásicos *bandidos sociales* de todos los tiempos, en la variante autóctona del matrero, que siguen protegiendo a sus fieles aún después de muertos. El fenómeno de sacralización está fuertemente ligado al lugar y las circunstancias crueles o injustas en que los ultimaron. La veneración se expresa en la tumba del difunto y en el sitio donde cayó, aunque también a veces en otros puntos en los que se ha establecido una señal o santuario. Al santo se le atribuye la capacidad de satisfacer los ruegos de los promesantes, que acuden con ese propósito a los lugares consagrados, particularmente en los aniversarios de la muerte. Esta intersección de la memoria social con la devoción religiosa, que ha sido explorada en parte por los antropólogos y poco atendida por los historiadores, es una evidencia de la singularidad de la cultura popular y configura un desafío para interpretar las dualidades que persisten en nuestra sociedad en la percepción de ciertos sucesos significativos”. Por esa razón, explica el historiador, “en las zonas de nuestro país donde la población rural mantenía ciertos rasgos tradicionales, los campesinos erigieron así su propio *santoral criollo* disidente de la ideología oficial.

Aunque sigue un patrón universal de la religiosidad espontánea, el fenómeno presenta los rasgos de fusión típicos de las culturas mestizas americanas, observables de manera semejante en otros países del continente. Tiene una evidente analogía con la beatificación de los santos en la religión católica -que por cierto en los primeros tiempos del cristianismo fue también un proceso popular espontáneo- e incluye elementos y reminiscencias de los mitos indígenas. Que estas exaltaciones estén ligadas al pensamiento mágico no implica que no tengan su propia racionalidad. La persona sacrificada se convierte en intermediaria con los poderes superiores que rigen el bien y el mal. Rodolfo Kusch explica que la razón profunda de ser de cualquier cultura es la de poder brindar a su integrante un horizonte simbólico... Y el requerimiento de verdad recién se satisface en el área de la plegaria”.

**El lugar, es cierto,
tiene algo que intimida.
Quizás porque allí,
en esa cuesta, fue
encontrado hace más
de 160 años el cadáver
de Deolinda Correa
junto a su hijo.
La mujer había salido
a buscar a su marido
y murió de sed
en los medanales.**

Lo mágico se entrecruza con lo real. La ficción con lo simbólico en términos colectivos e individuales. Pero no hay milagro sin rigor. El viejo Mateo, al costado de la ruta 15, en Córdoba, los sabe. Una vez terminada la conversación, se pone de pie con la lentitud que sus huesos le permiten. Estira la mano y mira con sus ojos vidriados por unas incipientes cataratas las altas cumbres de Traslasierra y advierte: “Hay que tener mucho cuidado con estos santitos. Si uno le pide algo, después tiene que ser cumplidor. Yo siempre le cumplí las promesas a la Difuntita porque ella es muy cobradora y si no le cumplís, después se venga. Y es fulminante”, concluye y sonríe con cierta malicia. ■